

ROBERT SHECKLEY
DRAMOCLES

SUPER
FICTION



El rey Dramocles de Glorm, que lleva treinta años gobernando su planeta en paz y aburrimento, descubre de pronto, gracias a la visita de una Recordadora, que tiene un destino ante él. La persecución de este destino lo pondrán en contacto con una computadora que fue amiga y asociada de Isaac Newton, un hijo que le odia, una hija que le ama pero que le traiciona, los prolegómenos de una guerra interplanetaria, unos reyes que se unen contra él, un culto esotérico, y un rey padre muerto hace treinta años que vuelve en busca de la inmortalidad...

A Jay, con amor

1

El rey Dramocles, soberano de Glorm, despertó y miró a su alrededor, y no pudo recordar dónde estaba. Le ocurría con frecuencia, debido a su costumbre de dormir en habitaciones distintas de su palacio según el humor en que se sintiera. Su palacio de Ultragnolle era la mayor estructura hecha por manos humanas en Glorm, y quizás en la galaxia. Era tan grande que requería su propio sistema interno de transporte. Dentro de aquella colosal estructura, Dramocles tenía cuarenta y siete dormitorios personales. También mantenía otras sesenta (más o menos) habitaciones equipadas con camas, literas, sofás convertibles, colchones de aire y demás adminículos semejantes para siestas y cabezadas. Teniendo en cuenta eso, irse a dormir se convertía en una aventura nocturna para él, y despertarse era un misterio diario.

Sentándose en la cama y mirando a su alrededor, Dramocles descubrió que había pasado la noche durmiendo sobre un montón de almohadones en una de las Estancias Hirsutas, llamadas así debido a las grandes masas de pelo negro que crecían en los rincones. Una vez establecido este hecho, se volvió para tomarse su café.

Generalmente, eso no implicaba más que pulsar un botón al lado de la cama. Dicho botón hacía sonar una alarma en la cocina real, que activaba la enorme máquina de cortados. Tenía una caldera lo suficientemente grande como para accionar una locomotora, y diez sirvientes trabajaban las veinticuatro horas del día manteniendo los fuegos debajo de ella, limpiando los filtros, añadiendo café recién molido

y realizando todos los demás pasos de la operación. Poco después, se suponía que un humeante cortado, exactamente azucarado según los gustos del rey, fluía a lo largo de kilómetros de tubería de cobre, llegando por último a una espita en la habitación en la que se hallara Dramocles en aquel momento.

Esta vez, sin embargo, Dramocles había dormido en una parte del palacio que todavía no estaba conectada al circuito del café. Malhumorado, se puso unos tejanos y una camiseta y salió al corredor.

Un cartel primorosamente grabado en la pared del corredor le dijo que se hallaba en las coordenadas R52-J26. La vía de un monorraíl avanzaba por el centro del corredor, así que al menos se hallaba dentro de la red de transporte del palacio. Por supuesto, no había ningún convoy a la vista. Dramocles consultó el horario pegado a la pared, y vio que el próximo tren —un Local de Circunvalación al Palacio— no llegaría hasta dentro de cuarenta minutos. Alzó el teléfono de emergencia de la pared y llamó a la Central de Transportes.

El teléfono sonó varias veces. Finalmente, una voz carente en absoluto de refinamiento dijo:

—Sí, ¿qué demonios quieres?

—Quiero que me envíes inmediatamente un tren —dijo Dramocles.

—Así que eso es lo que quieres, ¿eh? Pues mejor olvídalo, compañero. La mitad de nuestros trenes están en el taller de reparaciones, y el resto están en lugares de mucha mayor importancia que donde tú estás. Ahí no hay nada excepto un montón de dormitorios peludos.

—Te está hablando el rey Dramocles —dijo Dramocles con voz ominosa.

—¿De veras? A ver, espera, déjame comprobar tu identidad vocal... Ajá, sí, es verdad. Vaya, Sire, lamento la forma en que os he hablado, pero ya sabéis cómo es esto; los nobles no hacen más que llamarme a todas horas del día y

de la noche intentando que desvíe los trenes para su conveniencia particular. Especialmente ahora, a causa de las celebraciones de la paz.

—No importa —dijo Dramocles—. ¿Cuándo puedes enviarme un tren?

—Siete minutos, Sire. Desviaré el Expres del Panteón inmediatamente después de la Estación de Chapultepec, y...

—¿Hay una máquina de café en él?

—Un momento, lo comprobaré... No, Sire, el Panteón solamente lleva café instantáneo y pastelillos rancios. Dame veinte minutos y os haré llegar un moderno tren-desayuno.

—Simplemente envíame el que llegue antes —dijo Dramocles—. Tomaré el desayuno más tarde.

Pasaron quince minutos. No llegó ningún tren por el monorraíl. Dramocles tomó de nuevo el teléfono, pero todo lo que consiguió fue una sucesión de enloquecedores clics. Finalmente, una voz grabada le dijo que todos los circuitos estaban ocupados y que debía llamar por medio del operador de palacio. Dramocles gritó en vano que él era el rey y que todas las demás llamadas debían ser desconectadas inmediatamente. Nadie estaba escuchando.

Taconeó de vuelta a su dormitorio para coger sus cigarrillos, pero no consiguió encontrar la habitación en la que había dormido. Todas las habitaciones de aquel sector eran hirsutas. Ningún otro teléfono parecía funcionar tampoco. Ni siquiera la alarma contra incendios pareció causar ningún efecto.

Furioso, Dramocles volvió al corredor. Calculó que tenía al menos una hora de caminata antes de conseguir alcanzar alguno de los sectores poblados de Ultragnolle. ¿Qué había estado haciendo en aquel maldito sector perdido la pa-

sada noche? Tenía la impresión de recordar una fiesta, algo de droga, algo de alcohol, muchas risas, y luego el olvido. Echó a andar a largas zancadas, y se detuvo cuando oyó el sonido de un motor a sus espaldas.

Lejos, al fondo del corredor, creyó ver algo pequeño con una parpadeante luz amarilla que avanzaba hacia él. Creció en tamaño, y por último pudo distinguir un vehículo de pasillo, un tipo de coche de una sola rueda que la nobleza utilizaba para ir rápidamente de un lado a otro del palacio.

El coche se detuvo en seco a su lado. La burbuja superior se abrió, y un alegre muchacho de unos doce años con el pelo ensortijado miró afuera y dijo:

—¿Eres tú, padre?

—Por supuesto que soy yo —contestó Dramocles—. ¿Y tú quién eres?

—Soy Sanizat, padre —dijo el muchacho—. Mi madre es Andrea, de la que te divorciaste hace dos años.

—¿Andrea? ¿Una mujer pequeñita y de pelo oscuro con una voz muy penetrante?

—Esa es. Vivimos en el sector de Saint Michel de Glorm. Madre te llama a menudo en relación con sus sueños.

—Ella los llama portentos —dijo Dramocles. Montó al lado de Sanizat—. Llévame al Palacio Central.

Sanizat metió la marcha al vehículo de pasillo, y aceleró con la fuerza suficiente como para que la cera del suelo del corredor ardiera.

Al final el corredor se abrió en un enorme balcón con una balaustrada. Sanizat giró bruscamente y bajó un largo tramo de escalera, luego frenó cuando se acercaron a la enorme estancia recubierta con un domo que contenía la plaza Saint Leopold. Era un importante mercado regional, lleno de tiendas de colores chillones tras las cuales hom-

bres y alienígenas vendían una gran variedad de artículos. Había geisels de la provincia más septentrional de Glorm, ofreciendo brillantes wallisbayas en pequeños cestos de mimbre. Había grots, miembros de la antigua raza que había habitado Glorm antes de la llegada de los humanos, cabeceando sobre sus bols de porridge narcótico. Brungers de Dispasia y de las llanuras de Arnapest estaban también allí, imponentes con su atuendo nacional de cuero pulido y tafetán, ofreciendo los intrincadamente esculpidos bastones y los melocotones en miniatura por los cuales eran famosos. Y flotando muy por encima de la animada escena, se agitaban las grandes banderas azules y doradas que proclamaban que aquél era el trigésimo año de la Pax Glormicae.

Dramocles descubrió una cafetería y dijo a su hijo que lo dejara allí. Engulló un cortado doble, firmó la cuenta, y tomó un taxi de pasillo hasta el Palacio Central.

Rudolphus, el Chambelán, estaba aguardándole en la escalera interior, con la agitación reflejada en su enrojecido y bigotudo rostro.

—¡Sire —dijo— llegáis tarde para la audiencia!

—Puesto que soy el rey —dijo Dramocles—, no puedo llegar tarde porque cualquier hora a la que llegue aquí es la hora correcta.

—Dejando a un lado la casuística —dijo Rudolphus—, vos mismo fijasteis la hora para la audiencia, y me ordenasteis que os regañara si llegabais tarde.

—Considérame regañado. Esta noche es el inicio oficial de las celebraciones de la Pax Glormicae, ¿verdad?

—Así es, Sire, y todo está preparado. El rey Adalbert de Aardvark llegó la pasada noche, y lo hemos alojado en la pequeña mansión de la calle Mountjoy. Lord Rufus de Druth está aquí con su séquito, y se les ha ofrecido el Castillo Trontium para que lo ocupen. El rey Snint de Lekk está en el Hotel Rose Garden de la avenida del Templo. Vuestro hermano, el conde John de Crimsole, está desembarcando

en el espaciopuerto en este mismo momento. Solamente el rey Haldemar de Vanir no se ha presentado ni se ha puesto en comunicación con nosotros.

—Tal como sospechábamos. Me reuniré con los reyes más tarde. ¿Había algo interesante en el correo de hoy?

—La basura habitual.

Rudolphus entregó a Dramocles un puñado de cartas, que Dramocles se metió en un bolsillo.

—Me ocuparé de eso más tarde. Vayamos ahora a esa audiencia. Y haz que vaya rápida, Rudolphus.

—Sire, a menos que ordenéis lo contrario, seguiré exactamente el protocolo tal como fue establecido por vuestro reverenciado padre, Otho el Extraño.

Dramocles se alzó de hombros. Las reglas, leyes y preceptos de Otho eran en su mayor parte muy útiles, y Dramocles nunca se había preocupado de pensar otros para reemplazarlos. Entró en la sala de audiencias, seguido de cerca por Rudolphus.

2

La audiencia consistía en la habitual y aburrida tarea de decidir las penalizaciones para varios condes y barones que habían caído en desgracia ante el rey por engañar a los campesinos, o a las máquinas de impuestos, o engañarse los unos a los otros. Dramocles no tenía que hacer nada al respecto, ni siquiera pensar en ello, puesto que el Chambelán ya había tomado todas las decisiones, siguiendo los preceptos de Otho el Extraño. Los casos fueron pasando, y Dramocles se agitó en su alto trono buscando la posición más confortable y sintiendo lástima de sí mismo.

Pese a ser monarca absoluto de Glorm, y ocupar un lugar preeminente entre los Planetas Locales, Dramocles sabía que había hecho muy poco en su vida: simplemente había aceptado las circunstancias, y había gobernado Glorm sin pensar demasiado en ello a lo largo de un extenso período de paz sin precedentes. Aburrido e infeliz, se agitó en su trono y fumó cigarrillo tras cigarrillo, pensando para sí mismo que ser un gran rey no era algo tan grande después de todo. Y entonces la vieja mujer dio un paso adelante, y a partir de aquel momento todo en su vida cambió.

Era una mujer vieja, pequeña y jorobada, vestida enteramente de negro excepto por los zapatos y la toca grises. Se abrió camino entre la multitud de nobles menores y se acercó al trono, hasta que los guardias la detuvieron con sus albardas cruzadas. Entonces dijo con voz fuerte:

—¡Oh, Gran Rey!

—Sí, vieja dama —dijo Dramocles, haciendo un gesto al ultrajado Rudolphus para que se estuviera quieto—. Parece

que quieres dirigirte a nos. Por favor hazlo, y por tu bien espero que sea algo bueno.

—Sire —dijo ella—, debo pedirlos humildemente una audiencia privada. Lo que tengo que decir es solamente para los oídos del rey.

—¿De veras? —dijo Dramocles.

—Sí, de veras —respondió la vieja mujer.

Dramocles la miró, evaluándola, y un cambio tan sutil que pasó desapercibido a todo el mundo cruzó sus rubicundos rasgos. Aplastó la colilla de su cigarrillo en un cenicero tallado en una enorme esmeralda única.

—Conducidla al Salón Verde —dijo al guardia más cercano—. Allí nos aguardará hasta que nos presentemos. ¿Estás de acuerdo con ello, querida?

—Sí, Sire, siempre que el salón no esté decorado en color naranja.

La corte jadeó ante tamaña insolencia. Pero Dramocles se limitó a sonreír y, una vez el guardia se hubo llevado a la mujer, le hizo una seña al Chambelán para que prosiguiera con los asuntos del día.

Una hora más tarde la audiencia había terminado. Dramocles acudió al Salón Verde. Allí se sentó en un confortable sillón, encendió un cigarrillo, y se volvió hacia la vieja mujer que permanecía sentada ante él en el borde de una silla de respaldo recto.

—Así que has venido —dijo.

—En el momento exactamente señalado —dijo la vieja mujer—. Necesité mucho valor para decidirme a acudir ante vuestra imponente presencia, y lo he hecho tan sólo porque temía aún más no presentarme.

—Al principio pensé que eras una loca —dijo Dramocles—. Pero luego te dije: «¿De veras?», y tú respondiste: «Sí, de veras», y reconocí uno de los trucos nemotécnicos que utilizo como código de reconocimiento particular entre yo y

mis agentes. En la siguiente frase utilicé la palabra *verde*, y tú replicaste con *naranja*, haciendo que el asunto quedara más allá de toda duda. ¿Te enseñé algunos otros?

—Diez más, lo cual hace en total doce, de modo que pudiera ofrecéroslos aunque el diálogo entre nosotros hubiera seguido una secuencia distinta.

—Doce trucos nemotécnicos —se maravilló Dramocles—. ¡Todo mi bagaje! Debí de juzgar que se trataba de un asunto de extrema importancia. Ni siquiera sé cuál es tu nombre, vieja mujer.

—Así es como dijisteis que debía ser cuando me los enseñasteis, Sire. Mi nombre es Clara.

—¡Un misterio! ¡Y me está ocurriendo a mí! —dijo alegremente Dramocles—. Cuenta tu historia, Clara.

—Oh, Gran Rey —dijo Clara—, vos me visitasteis hace treinta años en mi ciudad de Murl, donde yo me ganaba modestamente la vida recordando cosas para la gente que está demasiado atareada como para recordarlas por sí misma. Leyendo mi nombre de encima de la puerta..., Clara, Recordadora, vos me dijisteis:

»—Clara, tengo un mensaje de gran importancia que deseo que te aprendas de memoria y me comuniques dentro de treinta años exactos a partir de hoy, que es cuando necesitaré recordarlo. Ni yo mismo recordaré esta conversación hasta que tú acudas a recordármela, porque así es como tiene que ser.

»—Podéis confiar en mi, Vuestra Alteza —dije yo.

»—De ello no tengo la menor duda —respondisteis vos—, porque he tomado la precaución de poner tu nombre en el calendario oficial de criminales, para que seas ejecutada sumariamente a los treinta años y un día a partir de hoy. De esta forma, supongo que te presentarás a su debido tiempo.

»Y entonces me sonreísteis, Sire, me disteis el mensaje, y os marchasteis.

—Debiste de ponerte muy nerviosa ante la posibilidad de algún inesperado retraso en tu viaje hasta aquí —dijo Dramocles.

—Tomé la precaución de trasladarme a vuestra gran ciudad de Ultragnolle poco después de nuestro encuentro, y establecer mi negocio de Recordadora en la calle de los Armeros, a tan sólo cinco minutos a pie de palacio.

—Eres una mujer juiciosa y prudente, Clara. Ahora, dime qué fue lo que te dije que me dijeras.

—Muy bien, Sire. La palabra clave es... *¡shazaam!*

Apenas oír aquella palabra de la Antigua Lengua, Dramocles se vio inundado por el luminoso recuerdo de cierto día, treinta años atrás.

3

Treinta años avanzaron hacia atrás como una película siendo rebobinada. Un joven Dramocles, con veinte años de edad, estaba sentado en su estudio privado, sollozando. Acababa de recibir la noticia de que su padre, el rey Otho de Glorm, popularmente llamado «el Extraño», había muerto hacía diez minutos cuando su laboratorio en el pequeño satélite de Gliese había estallado. Presumiblemente, todo se había debido a un error de cálculo por parte de Otho, puesto que él era la única persona que se hallaba en el laboratorio e incluso en Gliese en aquel momento. Era una forma grandiosa de partir, muy propia de un rey, en medio de una explosión atómica que había hecho pedazos todo el satélite.

Mañana, todo Glorm estaría de luto. Más tarde, aquella misma semana, se celebraría la coronación, confirmando a Dramocles como nuevo rey. Aunque esperaba y aceptaba aquello, Dramocles lloraba porque había querido a su difícil e impredecible padre. Sin embargo, el dolor luchaba con la alegría en su corazón, porque justo antes de su predestinado viaje a Gliese, Otho había tenido una conversación a corazón abierto con su hijo, recordándole sus deberes y responsabilidades cuando fuera rey, y luego revelándole de forma totalmente inesperada el gran destino que Dramocles tenía ante sí.

Dramocles se había mostrado asombrado por lo que Otho le había dicho. Siempre había anhelado un destino. Ahora su vida tendría significado y finalidad, y aquéllas eran las dos cosas más grandes que uno podía tener.

Sólo había un obstáculo. Corno Otho le había explicado, Dramocles no podría iniciar la persecución activa de su destino hasta pasado cierto tiempo. Iba a tener que esperar, e iba a ser una larga espera. Deberían transcurrir treinta años antes de que las condiciones fueran las correctas. Sólo entonces podría Dramocles empezar a trabajar en su destino, ni un día antes.

¡Treinta años! ¡Toda una vida! Y no sólo iba a tener que esperar, sino que también iba a tener que mantener su destino en secreto hasta que llegara el momento de la acción. No podía confiar en nadie para algo tan grande como aquello. Nadie debía saberlo, ni siquiera sus amigos y consejeros de mayor confianza.

—Lo peor de todo es que, ahora que pienso en ello, ni siquiera puedo confiar en mí mismo —gruñó Dramocles—. Acabaré revelándolo en cualquier ocasión, cuando esté en pleno viaje o borracho. Soy la última persona a la que puedo confiar un secreto como éste.

Meditó durante cierto tiempo, fumando cigarrillo tras cigarrillo y considerando varias alternativas. Finalmente, llegó a una momentánea decisión, y llamó a su androide psiquiatra, el doctor Fish.

—Fish —dijo enérgicamente, tengo en la cabeza una línea de pensamientos que no deseo recordar.

—Es muy fácil suprimir un pensamiento, e incluso todo un asunto —dijo Fish, con la chillona voz que tienen todos los androides, pese a los grandes avances logrados en la tecnología de voces mecánicas—. Vuestro estimado padre, Otho, siempre me hacía borrarle los nombres de las amantes que no le complacían, todo excepto sus cumpleaños, porque era un hombre muy atento. También insistía en no recordar el color azul.

—Pero es que tampoco deseo perder ese pensamiento —dijo Dramocles—. Es un pensamiento muy importante.